



Seymour Martin Lipset: *reflexiones en torno de una vida intelectual*

Jesús Velasco

en febrero de 1999 Jesús Velasco se reunió en tres ocasiones con Seymour Martin Lipset en sus oficinas del Wilson Center, en la ciudad de Washington D.C. La entrevista que ha continuación se publica es una versión editada de dichas conversaciones.

Jesús Velasco: ¿Y de las historias que su padre le contaba sobre el Sindicato Internacional Tipográfico?

Seymour Martin Lipset: Estaban muy relacionadas con Rusia porque, como sabes, cuando él vino aquí en 1921-1922 era un hombre joven. Había trabajado como impresor en Rusia y de ferroviario en Kiev, que me parece está en lo que hoy es Ucrania. Mi padre murió de cáncer, y cuando me quedaba con él en el hospital hablábamos sobre los impresores en la Rusia zarista y sobre la lucha entre bolcheviques y mencheviques.

Había allí dos sindicatos, y la mayoría de los sindicalizados estaban en un bando o en el otro. Estos sindicatos eran el de tipógrafos y el del ferrocarril, que en cierta forma eran neutrales. Consecuentemente, había grupos de ambos bandos trabajando para obtener el respaldo de ambos sindicatos. Él se integró al sindicato en Kiev, donde había alrededor de cincuenta personas. Pero me contaba que había todo tipo de líderes de ambos bandos que solían ir a hablar con pequeños grupos de impresores; los mencheviques en particular eran gente muy famosa.

Una vez me platicó que Stalin estaba hablándoles, entonces yo lo interrumpí y le dije: “Espera, Stalin no era nadie hasta la revolución o después. ¿Cómo es que recuerdas a Stalin?” “No, no, no –me dijo–, la razón por la que recuer-



do a Stalin es porque era diferente a todos los demás bolcheviques. Los otros hablaban sobre teoría marxista y revolución, mientras que Stalin hablaba de organización y del dinero que los bolcheviques necesitaban”. En términos de lo que sabemos ahora de Stalin, esta descripción tiene sentido, pues él era un burócrata, no un intelectual. Stalin hablaba sobre la necesidad de tener una mejor organización, un mejor sindicato, de aportar más dinero para los bolcheviques, no sobre que ellos harían la revolución en términos de la teoría revolucionaria, pero sí que ellos eran mejores que los mencheviques.

Pero en términos de sindicato existían dos partidos. Uno era progresista, es decir, era un tanto más izquierdista que el grupo independiente, que era más conservador. Mi padre generalmente apoyó a los progresistas, pero tú sabes, él no habló mucho al respecto. Fui invitado por los independientes a darles una plática.

JV: ¿Sobre qué?

SML: Antes de empezar a hablar, uno de los presentes se me acercó para decirme que había conocido muy bien a mi padre. Lo escuché hablar de mi padre, de su participación en el otro bando; él nunca se había referido a eso. Pienso que generalmente mi padre sólo hablaba de lo buen hombre que era, nunca mencionó de qué lado estaba en política. Los tipógrafos eran una organización muy interesante. No sé si también en México, pero regularmente existen dos gremios que producen grandes cantidades de líderes, uno es el de los tipógrafos y otro el de los cigarreros. Tal y como Gompers cuenta la historia, y los cigarreros lo hacen, ellos también producen cierto tipo de obreros intelectuales, porque los cigarreros acostumbran contratar a un lector que les lee mientras ellos trabajan en los cigarros. Los tipógrafos, por supuesto, leían. Fueron los primeros letrados. Esto los hizo, en algún sentido, los intelectuales de la clase obrera. Leían periódicos y libros, lo que los hizo un grupo más perceptivo que otros trabajadores; por lo tanto, ellos suministraron buena parte del liderazgo de los sindicatos e incluso tengo la impresión de que, al principio, también de los partidos. Mi padre, recién llegado de Rusia, tendía a simpatizar con la Unión Soviética; de hecho, hubo un incidente que resultó afortunado para mí y para él. A principios de los treinta se quedó sin trabajo, pues el periódico en donde



trabajaba cerró. Como resultado de esto, en algún momento llenó una solicitud para ir a la Unión Soviética y cierto número de personas viajaron a la URSS; afortunadamente la solicitud de mi padre fue rechazada. Él nunca fue miembro del partido pero tenía esas simpatías.

Yo fui políticamente activo desde muy joven, incluso antes de entrar al bachillerato, en la Juventud Socialista. Él siempre trató de desanimarme, no de la ideología sino del activismo político, por la forma como éste rige tu vida y tu carrera. También mostraba a la gente quiénes eran líderes de movimientos izquierdistas en Nueva York y en el Bronx, y cómo estas inteligentes personas pudieron hacer dinero y convertirse en profesores. Pero ser activo en esos movimientos era sacrificar una buena carrera porque no se puede lograr nada. Así, él tenía esta postura. De hecho, en realidad sólo lo recuerdo diciendo cosas terriblemente interesantes sobre el sindicato.

JV: En términos generales, ¿cómo fue la relación con su familia, con su padre?, ¿cómo afectó eso su vida o su carrera?

SML: Creo que no he pensado mucho en eso. Crecí durante la década de los treinta y obtuve el bachillerato en 1939. Este fue, por supuesto, el periodo de la crisis y desde entonces mi padre perdió su empleo regular. Los tipógrafos recibían buena paga, pero el periódico cerró y lo que pasó con el sector sindicalizado de la industria tipográfica después de esto fue que la gente puso su tarjeta de miembro del sindicato en alguna tienda o en algún periódico y obtenía un trabajo por antigüedad. Había periodos, como antes de navidad o pascua, en que se contrataba más gente, pero durante el resto del año sólo había trabajo como sustituto. Algunas cosas se cubrían con salarios de diario, pero él seguía sin empleo fijo. No vivimos muy bien, pero hubo algunas veces durante los treinta en las que, en aquel entonces se llamaba “asistencia” y que ahora se llama *welfare*, recibimos dinero porque mi padre no estaba ganando lo suficiente y esto era desmoralizante para él y para mi madre. Además, esto ocasionaba tensiones entre ellos y en mi familia en general.

Él tenía un hermano y mi madre seis hermanos y hermanas, uno de ellos estaba relativamente bien, era dentista. Le iba bien, se iba a Bermudas, jugaba golf. Era un tipo al que uno acudía en busca de ayuda, pero solía estar fuera.



JV: ¿Era hermano de su madre?

SML: Sí, hermano de mi madre, pero era bastante agresivo y obstinado. Siempre buscaba la forma de sacar ventaja. Mi tío trataba de hacerme sentir inferior, no era una buena relación. Mi padre, por otro lado, tenía un hermano apostador que residía en Nueva York, de hecho, cerca de donde yo viví después, cuando fui a la universidad. Había un lugar atrás de la tienda de zapatos, era una especie de refugio de jugadores. Ahí había un cuarto grande donde apostaban los jugadores. A veces andaba por ahí, les llevaba cervezas y los jugadores eran amables conmigo. Este tío murió asesinado (nadie supo qué le pasó, fue encontrado inconsciente en un parque cerca de la Universidad de Columbia).

La incertidumbre económica y los demás problemas que enfrenté probablemente jugaron un papel muy importante en mis actitudes sociales y políticas.

Mi madre era religiosa y *kosher*, y quería que yo fuera educado como niño judío. Estudié con un rabino, pero ni mi padre ni yo estábamos interesados, por lo que el deseo de mi madre nunca se cumplió y tuve problemas con el rabino por eso.

Hay una anécdota divertida, no mía sino de Daniel Bell. Él era también un joven socialista unos cuantos años mayor que yo, y había sido educado conforme a la religión judía. Después de recibir su educación religiosa, un día le dijo al rabino: “Quiero decirle algo, yo no creo en Dios”, entonces el rabino le contestó: “¿Crees que eso le importa a Dios?”. De cualquier forma, no es mi historia.

Yo de hecho fui políticamente activo de varias formas. ¡Ah! Otra cosa interesante es que nosotros vivíamos en el Bronx, que es fundamentalmente un barrio obrero y con gran diversidad étnica, judíos, irlandeses, italianos. Ahora es predominantemente negro, hispano y puertorriqueño. Pero entonces era muy diferente, nuestro departamento estaba a una cuadra de un parque no muy grande. La mayor parte de los hombres en el barrio eran trabajadores textiles y pertenecían a sindicatos socialdemócratas. De cualquier forma, los fines de semana los hombres solían ir al parque y discutir en grupos, como en Hyde Park, donde la gente se colocaba en corros de entre treinta y cincuenta personas y algunos hablaban o debatían.



Los niños se divertían alrededor de ellos, mientras algunas personas jugaban ajedrez. Entonces, como te podrás dar cuenta, vivía en una atmósfera en donde se hablaba mucho de política, sin embargo, nunca se escuchaban pláticas acerca de demócratas o republicanos. La pregunta era: ¿comunista, socialista, trotskista, anarquista? Se hablaba de los diferentes grupos de izquierda, pero ellos discutían el uno con el otro porque originalmente los judíos europeos habían salido de la Rusia zarista y del este de Europa, donde los regímenes eran antisemitas y menos democráticos. Entonces sólo podías ser de izquierda si eras judío; en este contexto, las grandes fuerzas de la comunidad judía de Nueva York eran socialistas. Como sabes, este ambiente no era el típico ambiente americano en ese periodo. Después entré a la preparatoria Townsend Harris, una escuela para niños brillantes que no era parte del sistema neoyorquino, estaba afiliada al City College más que al sistema de las preparatorias regulares, y tenías que presentar un examen para entrar.

Yo estuve desde el principio, hice cuatro años en tres y allí me encontré de nuevo en un ambiente muy politizado. Los académicos de la escuela estaban felices por tener a estos niños tan brillantes que constituían fuertes grupos de izquierda.

Había una liga de jóvenes comunistas (Young People Socialist League) que tenía cierta fuerza, y todos los jóvenes socialistas estaban entre trotskistas y socialistas. Yo pertenecía a esta liga socialista y con el tiempo llegué a convertirme en líder. Recorrí el consejo de estudiantes y me involucré en la organización estudiantil The American Student Union. El grupo nacional contra la guerra se conformaba tanto por socialistas como por comunistas. La preparatoria estaba llena de debates, la mayor parte de ellos con los comunistas; el grupo radical más grande de Estados Unidos y el más activo era comunista, más que socialista o trotskista; éstos veían a los comunistas como reaccionarios. Tenía un colega, líder de los jóvenes comunistas, con quien solía tomar las mismas clases e íbamos discutiendo de clase en clase sobre los procesos de Moscú, la guerra civil de España, el comunismo en Alemania y cómo llegaron al poder. Discutimos dos o tres años y después me gradué, fui al City College, en Manhattan, y mi amigo fue al Colegio de Brooklyn y nunca lo volví a ver, pero sé que estudió psicología y actualmente da clases en Rutgers University, en New



Jersey. Quince años después, cuando convocan a la reunión de ex alumnos de la preparatoria de Nueva York, yo estaba en Washington y ¿sabes?, a mí no me gustan esas cosas, no tengo sentimentalismos por la preparatoria o por el colegio, pero mi esposa dijo: “¿Por qué no vamos, Martin?” Y fuimos a Nueva York y volví a ver a mi amigo Howard Groover, él se había retirado, seguía haciendo algo de investigación y otras cosas. Entonces, en aquella reunión él se paró a dar una especie de discurso y escuché su nombre. Estuve contento de verlo. Él se acercó, yo estaba sentado, y ¿sabes qué me dijo después de cincuenta años? “Estabas en lo correcto”. Escribí un artículo sobre actividades radicales en la universidad y puse esta historia al final. Como te digo, algunas veces ganas una discusión cincuenta años después. La parte más importante del trabajo escolar era el político. En la preparatoria existía una especie de traslape: socialistas, trotskistas o comunistas, vivíamos pendientes del comunismo, no sólo en Rusia, sino en otros países.

Yo solía andar por ahí dando discursos sobre por qué falló la revolución, por qué en Rusia, por qué en Alemania, en Francia. Mi variable dependiente en aquellos discursos era la derrota de la revolución social que años más tarde se convirtió en la democracia.

Lo que resultó útil fue que yo había estado haciendo análisis comparativo, pensando sobre países y, así, sobre toda una gran tradición intelectual de la que aprendí cosas de marxismo que luego se convirtieron en trotskismo. Y esto era un marco de trabajo limitado. Es una muestra del tipo de entrenamiento intelectual que recibí en la universidad y en la preparatoria. Argumentar, analizar por qué pasan las cosas y por qué no habían salido en los términos anticipados por los radicales. Irving Howe, distinguido crítico literario y escritor, estuvo en el colegio; era un líder intelectual trotskista del City College. Daba conferencias a trotskistas sobre Marx. Más tarde aconsejaron introducirme en el movimiento estudiantil. Hablo de un movimiento estudiantil de muy serios estudios, tenía vínculos con el pasado, mientras que el movimiento estudiantil de los sesenta no tenía tradición, sólo estaba en contra de algunas cosas y sentimientos, lo que, por cierto, era uno de los problemas. Pasé un año o más con los trotskistas en el City College, pero entonces pensé que era un trabajo burocrático. Recuerdo que mantenía una especie de independencia o radicalismo, y pensé



unirme al partido socialista, y me enrolé y sostuve profundas discusiones con los trotskistas y los comunistas. Después encontré una serie de cosas muy interesantes en la segunda guerra mundial tras Pearl Harbor cuando asistí al City College. Nunca esperé obtener lo que yo quería, pero cuando bajé a registrarme me ofrecieron algunos meses para terminar, que después se convirtieron en nueve. Luego obtuve un trabajo en una fábrica de altavoces, donde permanecí algún tiempo. La fábrica era pequeña pero crecía constantemente. Los dueños de la compañía eran comunistas cultos y pagaban buenos sueldos. Uno de ellos dijo: “Veamos, ustedes saben que estamos creciendo y que necesitamos dinero para invertirlo. Nos gustaría pagarles mejor pero cada vez que queremos hacerlo pensamos en otros caminos para usar las inversiones de la compañía, sólo hay un camino: sindicalícese. Deberán formar un sindicato y así nos obligarían a pagarles mejor”. Pero el episodio no terminó bien para la clase trabajadora. La compañía producía altavoces y los altavoces son siempre cosas complicadas. Había un motor en la parte de arriba que iba atornillada, la cual se debía cortar para deshacerse de los tornillos. Esto dejaba una superficie bastante peligrosa que debía ser esmerilada para evitar accidentes. Un sábado nos pidieron que fuéramos a trabajar. Los jefes no estaban y nosotros estábamos alineados ensamblando altavoces. A mí me habían asignado el trabajo de rebajar las rebabas. Así que estábamos en línea y yo estaba esmerilando estas partes cuando de repente me di cuenta de que las había limado de más y habían quedado mal. Algunos de mis colegas sugirieron mandarlas como estaban porque debía salir el pedido ese día, pero otros dijeron que no porque las devolverían. Lo que hicimos fue decirle a uno de los gerentes lo que había pasado y no hubo mayor problema, sólo uno me dijo: “Sabes bien que no estás hecho para hacer este tipo de trabajo, deberías terminar la universidad”. Después de este episodio me echaron de la clase trabajadora y no pude demostrarles que podía hacer altavoces.

JV: ¿Quién fue su profesor favorito en la universidad? ¿Quién fue la persona que más influyó en usted?

SML: Bueno, no sé si influyó o no, pero al que recuerdo más es a un compañero llamado Lewis Foyer. Me especialicé en Sociología, que era de hecho un



pésimo departamento, y lo hice porque un amigo me convenció, un chico llamado Peter Rossie, que luego se hizo sociólogo y ahora vive retirado en Chicago. Rossie vino a verme un día y me dijo (yo estaba pensando sobre mi especialización en ese momento): “Te especializarás en Sociología”. Esto fue durante la depresión, conoces la Sociología de aquel tiempo: la mayoría de la gente estudiaba para convertirse en trabajadores sociales, era una forma de no ser profesores; él dijo: “A mayor desempleo (puesto que los trabajadores sociales trabajan con los desempleados) es la mejor forma de protegerse. Siempre harán falta”. En fin, me gradué en Sociología. Debo decir que cuando fui a la universidad por primera vez iba con otra idea; ya mencioné que tenía un tío, hermano de mi madre, que era dentista. Este tío nunca se casó y era la única persona de mi familia que estaba haciendo dinero. Mi familia quería aprovecharse de que yo era el primogénito para que estudiara Odontología como mi tío.

JV: ¿Cuántos eran en su familia? ¿Cuántos hermanos y hermanas?

SML: Sólo tuve una hermana, pero mi madre tuvo cinco o seis hermanos y hermanas que a su vez tenían maridos e hijos. Yo era el primogénito, así que habían decidido que estudiaría Odontología para tomar el lugar de mi tío. Entonces comencé haciéndolo, lo que significó tomar cursos predentales, Química y demás cosas que no me interesaban mucho. Después del primer año me cambié a Ciencias Sociales y terminé en Sociología, lo que sigo haciendo hasta hoy. Debo agregar que fui rechazado cuando me llamaron al servicio militar. Mis ojos estaban bastante mal, uno de ellos tenía 2800, lo que significa que alcanzas a ver a veinte pies cuando se supone que deberías poder ver a 800. Sin embargo, era corregible con anteojos p+2x, lo que, en términos del ejército, era estar ciego. No me reclutaron. Me citaban cada seis meses e invariablemente me regresaban. Yo sabía que en el departamento de Sociología de la escuela solían dar becas de docencia para estudiantes que fueran profesores asistentes. Entonces empecé a hacer un buen trabajo y me ofrecieron una de estas becas. Todo mundo estaba yéndose al ejército, por lo que no había mucha gente para aquel trabajo. Sin embargo, para obtener esta beca debías ser estudiante de posgrado y el lugar más cercano era Columbia, el City College. En ese momento me interesaban varios temas, había conocido el sindicato de tipógrafos



y su estructura democrática; de hecho, ahora que lo recuerdo, mi padre me llevaba a las reuniones del sindicato cada domingo en algún lugar del centro de Manhattan.

Me empecé a interesar por una pregunta esencial, ¿por qué la Unión Soviética era una desordenada y burocrática dictadura? Un libro influyó mucho en mí, el de Robert Michels. Años después escribí una introducción para este libro. Su análisis de que burocracia y oligarquía son inherentes a una buena organización, de que los partidos socialistas en democracias y oligarquías no son realmente democráticos, de que el socialismo es imposible porque los partidos socialistas no son democráticos, cuando supuestamente el socialismo debe ser un sistema democrático, es admirable. Yo estaba impresionado y relacionaba el libro con los trotskistas, que siendo una organización muy pequeña era bastante burocrática. Esto nunca me gustó y por eso pertencí a un grupo disidente. Aún más, renuncié a estos movimientos. Quería hacer un trabajo sobre el movimiento de los tipógrafos. Decía que la mayoría de los sindicatos eran sumamente oligárquicos y dictatoriales, con excepción de aquél. Escribí algunos artículos y ensayos, pero surgió otro tema de interés sobre el que he escrito un libro: ¿por qué no el socialismo? ¿Por qué no hay un partido socialista en los Estados Unidos? Y ahí está el asunto del movimiento en Saskatchewan en la pradera canadiense, y la cuestión de la democracia en el sindicato de tipógrafos y cómo esto no funcionaba como el resto de los sindicatos. Recuerdo que cuando me estaba registrando para el trabajo de graduado en Columbia me encontré con un amigo, Philip Selznick, quien se convirtió en un distinguido sociólogo. Él iba dos años adelante de mí en Columbia, y me dijo: “La única persona de importancia en esto es *Merton*. Debes trabajar con él o verlo”. De cualquier forma, tienes que hablar con alguien durante los primeros días así que fui a buscarlo y le dije: “Soy un nuevo estudiante. Tengo dos temas para mi tesis de doctorado: uno es el sindicato de tipógrafos y el otro lo sucedido con la SSF (Federación Socialista de Saskatchewan)”.

El partido socialdemócrata canadiense había empezado a crecer y de pronto teníamos un partido socialdemócrata en Canadá. Yo decía: “Bueno, Canadá, está en Norteamérica y se parece a los Estados Unidos”. Asumía que de alguna forma no era demasiado diferente a los Estados Unidos, y por lo tanto era



posible tener un partido socialista aquí. Me proponía demostrar por qué los canadienses lo tenían y los americanos no.

JV: ¿Cómo era Columbia en sus años de estudiante?

SML: Había tres personas importantes: Merton, Robert Lynn –quien escribió *The Little Town Books*– y Paul Lazarsfeld. Lynn fue un radical muy activo y de alguna forma tuve una relación con él, pero seguí trabajando con Merton, que era bastante más inteligente y útil. Pero tenía 89 años o algo así y era difícil conocerlo y trabajar con él. De hecho, me costó mucho tiempo darme cuenta de que el problema no era yo, sino él, su inseguridad. No podía relacionarse con la gente. Pero él era más inteligente de lo que hubieras deseado; cuando decías algo, no podías realmente platicar con él. Si le preguntabas algo, contestaba de inmediato haciéndote sentir como un tonto por lo rápido que te contestaba y lo obvio que parecía la respuesta. Y no quedaba nada por decir, tú no querías decir nada. Escribí algunos ensayos para él que le gustaron y me ayudó a conseguir una gran beca para Berkeley. Lynn, aunque no era intelectualmente como Merton, era una persona quien con gusto te ayudaba a publicar. Lazarsfeld era metodólogo y aprendí bastante de él. Cuando empecé mi tesis decidí trabajar con Lynn porque pensé que Merton no me dejaría avanzar. Por supuesto, Merton no supo las razones, nunca se lo dije. De hecho trabajé con los tres, y Lynn siempre fue el que puso énfasis en la orientación política y en la actividad política. Para cuando terminé mi trabajo sobre la SSF y el movimiento socialista canadiense, él estaba mucho más interesado en estudiar la democracia del sindicato de tipógrafos. Incluso Merton estaba a favor de eso, pero... lo que es la vida de uno... primero, en Columbia, ayudé a dar clases por un par de años y después me fui a Berkeley. Más tarde, Columbia me ofreció un trabajo que no quería, porque pensé que eso era estancarme, pero lo acepté.

JV: ¿Usted no quería regresar a Columbia?

SML: De cualquier forma, yo regresé ahí un año, pero hice este trabajo sobre la CCF que se convirtió en un libro, *Agrarian Socialism*. Regresé a Columbia y así recibí dinero de la Fundación Rockefeller. Cuando terminé este trabajo fui a la oficina de Merton, puse el manuscrito en su escritorio y le dije: “Aquí está



mi segunda tesis”. Merton era muy buen conferencista y muy organizado. No sé si alguna vez lo has leído, de hecho su obra más importante es un libro sobre estructura e investigación social que contiene muchos ensayos que son joyas del análisis sociológico.

Empecé en Columbia, en 1943, gracias al ejército, porque los pocos hombres que había por ahí eran los que habían sido rechazados por cuestiones médicas. El número de mujeres era un poco menor al de estudiantes y de profesores. Tuve suerte, porque al final de la guerra, cuando escribí mi tesis, las universidades tuvieron una tremenda expansión con los veteranos, millones y millones de estudiantes sin suficiente profesorado.

JV: ¿Qué recuerda sobre su tesis? ¿Cómo fue? ¿Hizo un examen?

SML: Recuerdo dos cosas. Columbia tiene materias orales que se toman antes de la disertación. Tuve algunos terribles exámenes de economía laboral y leyes del comercio. La persona que ocupaba el departamento de Economía era un tipo muy inteligente. Quería saber cuál era mi área de interés, le hablé de oligarquía, sindicatos y burocracia. Entonces el hombre trató de convencerme de que aquel no era un verdadero problema. Le di algunos ejemplos y él me dio otros y le dije: “Profesor Lehman, yo estoy hablando de 1927 y lo que usted me dice sucedió en 1925 o 1930”.

Entonces había examinadores que hacían preguntas sobre su disertación. Pero aquello era una mera formalidad, pues todos la habían leído con anterioridad y te daban sugerencias. No había posibilidad de ser rechazado. Por eso no recuerdo la defensa de mi tesis. Siempre digo a los estudiantes que ellos te enseñan cosas en las tesis que saben mejor que tú.

La regla número uno en un examen oral es nunca traer a colación algo sobre lo que no sabes, la otra regla es que si te preguntan algo que no sabes lo más inteligente es admitirlo, porque si no, puedes embrollarte más.

Era un buen tiempo: yo aún era un radical, aunque no mucho, más bien un radical socialista. Me fui a Berkeley, al Behavioral Sciences Center en 1955 o 1956. Aquella fue mi segunda estancia en Berkeley, de 1962 a 1966, que terminó con las manifestaciones estudiantiles y todo eso.



JV: ¿Cómo fue su vida como profesor en Columbia? ¿Quiénes fueron sus amigos?
SML: Déjame pensar... es curioso, hay dos personas que eran estudiantes formales. Daniel Bell, que era tres o cuatro años mayor que yo, empezó en Columbia después de la guerra. Él no terminó, tomó como estudiante de posgrado algunos empleos, en periódicos y asuntos laborales. Después regresó a terminar su doctorado. Si se hubiera quedado en Columbia yo hubiera sido oficialmente su asesor de tesis. La otra persona era Nathan Glazer, de mi edad. Era un editor comentarista. Él también regresó; oficialmente ambos eran estudiantes, pero eran de mi edad o mayores. Solía verlos mucho.

En Berkeley me enrolé en un estudio sobre movilidad social y estratificación, donde hice amistad con Reinhard Bendix, de hecho él y yo colaboramos juntos en una serie de proyectos por varios años. Hice un libro con él. Lo de los sindicatos obreros fue en 1956 y lo de movilidad en 1959. Él también publicó una colección, una antología sobre estratificación de clases, *status* y poder, que tuvo mucha influencia en aquella época y ayudó a establecer el marco intelectual para este campo.

¿Qué más hice?... *El hombre político*, a finales de los cincuenta y que salió en 1960. También hubo una colección de artículos que reescribí para hacerlos libro. Esto fue la cosa más exitosa que hice, vendió alrededor de quinientas mil copias. Y se sigue traduciendo, incluso está por salir un volumen en ruso y otro en birmano.

En la discusión de la época sobre el excepcionalismo americano, publiqué el libro *The First New Nation* sobre el crecimiento y la naturaleza de los Estados Unidos. Como sabes, mi método es buscar las cosas comparativamente. Si miras sólo a un país te perderás todo lo más importante. Necesitas las diferencias con otros países.

JV: ¿Cuál fue su primer contacto con intelectuales extranjeros?

SML: El primer viaje que hice fuera de los Estados Unidos, sin contar Canadá, fue, si la memoria no me falla, en 1951, cuando asistí al Seminario de Salzburgo. Éste aún existe, aunque ahora es muy diferente. De hecho, fue iniciado por algunos estudiantes de Harvard después de la guerra, bajo la idea de que



Europa había sido separada del desarrollo del mundo intelectual y de las ciencias sociales por el fascismo. Fueron lo suficientemente talentosos como para conseguir que el ejército norteamericano en Austria les confiriera un edificio. Iniciaron esta escuela e invitaban a profesores norteamericanos para dar algunas clases por uno o dos meses. No pagaban, pues tenían poco dinero, pero proporcionaban transporte y alimentos. De cualquier forma, estuve ahí por cinco o seis semanas, y como tenían estudiantes de toda Europa me gustaba conocerlos, hablar y discutir con ellos. En 1952 o 1953 pasé cinco meses en Berlín, en la Universidad Libre que fue construida en Berlín occidental porque la vieja universidad estaba en Berlín del este. Había ahí un viejo sociólogo, un viejo socialdemócrata, sindicalista, el profesor Stamberg. Entonces tuve la experiencia más excitante de mi vida. En 1953 se dio aquella revolución alemana, en la que cientos de miles de personas comenzaron a manifestarse en contra de los rusos, contra el régimen comunista. El sistema había fallado en 1953 porque había muerto Stalin. Entonces un sistema que depende de un solo hombre da lugar a que surja un problema de legitimidad. Los comunistas de Alemania Oriental se mostraron claramente inseguros, aunque ellos no lo supieron. Y entonces empezaron las huelgas, y estaba la duda sobre si el sistema por completo podría colapsarse gracias a una gran manifestación en el centro de Berlín. Yo estuve ahí, vi el episodio por completo, no me involucré pero estuve ahí. No esperaba ver una revolución en toda mi vida y aquello fue una verdadera revolución. Hubo un hecho curioso, los norteamericanos y los alemanes occidentales estaban paralizados por el miedo y John Foster Dulles, quien después sería secretario de Estado, hablaba de levantar la cortina de acero. Los norteamericanos y todos los demás tenían miedo de que esto pudiera desencadenar una guerra. Nadie hacía nada y los norteamericanos pusieron el primer muro. Rodearon Berlín Oriental con tanques y nadie podía entrar o salir. No mandaban nada al interior, no trataban de ayudar a los alemanes del este a rebelarse y yo estaba ahí incluso cuando los tanques llegaron. Había mucha gente cerca de este muro de tanques. Periódicamente algunos niños (me refiero a alemanes del este) o borrachos lanzaban piedras a los tanques. Recuerdo que algún tiempo después del verano fui a París y vi a Alain Touraine, el sociólogo francés. Le conté la revolución de los niños y los borrachos y él me dijo: “¿Qué crees que



habrías pensado si hubieras estado en la Bastilla el día que fue tomada? ¿Quién crees que lo hizo? Los niños y los borrachos. La gente normal, con esposas, hijos y empleos no arriesga sus vidas. Lo que viste pasa todo el tiempo”.

JV: ¿Cómo conoció a Stein Rokkan?

SML: No recuerdo, creo que fue en un encuentro internacional de Sociología en 1953. Los dos teníamos amigos comunes. Por alguna razón el encuentro se convirtió en el comité o en el Congreso para la Libertad. Rokkan participaba activamente en esto y mi amigo Daniel Bell estaba muy involucrado. Empezaron con revistas como *Encounter my Kristol*. Conocí a Raymond Aron mucho tiempo después de esta reunión. Pudo haber sido en París, con Touraine, que me mandó ahí, o allá, no puedo recordarlo. Sé que después de eso lo vi varias veces en lugares diferentes de América y Europa. De hecho, recuerdo que en 1953 él dio este ensayo. Era un congreso de sociólogos en inglés, porque es el idioma de la ciencia. Todo mundo habla inglés excepto los franceses. Entonces tienes a estos pequeños lunáticos y lecciones de francés y necesitan a alguien que lo traduzca para ellos, porque jamás van a aprender. Pero el inglés de Raymond Aron era perfecto, lo aprendió durante la guerra. Él iba a exponer un artículo importante que había entregado en francés y la mayor parte de la gente en el congreso no sabía francés. Yo estuve hablando después con él y le pregunté: “¿Por qué hablaste en francés? Mucha de la gente no te entendió”. Me miró y me dijo: “Si hubiera hablado aquí en inglés no habría podido regresar a París. Habría sido un traidor si hubiera dado la plática en inglés, nadie lo habría tolerado”.

JV: ¿Cuáles eran los acuerdos y los desacuerdos con Raymond Aron?

SML: Creo que lo vi varias veces, no recuerdo si lo vi solo. En este contexto, no sé si pudimos hablar sobre acuerdos o desacuerdos. Hubo este involucramiento que tuvimos los dos en el Congreso por la Libertad de la Cultura, aunque él se involucró más que yo. Por supuesto que recuerdo que yo estaba interesado en ciertas cosas sobre él. Había estudiado en Alemania antes de los nazis y escribió un libro sobre sociología alemana. Era una especie de combatiente con su estudio de la sociología germana. Pasó algún tiempo en el extranjero,



durante la guerra por supuesto, y tuvo algunos puestos en universidades norteamericanas. Lo recuerdo diciendo que él podía juzgar el estado de la política, la atmósfera política, por su posición. Si él estaba abajo, el Occidente estaba arriba, si él estaba arriba, el Occidente estaba abajo. Una de las cosas interesantes es que el francés tiene mucho respeto por la vida intelectual. La gente se ve entre sí y se acuerdan de la universidad. Los franceses son tercos y testarudos, pero tienen respeto por el otro.

Para cerrar esto, creo que recibí más invitaciones y reacciones de europeos que de americanos. El otro día una persona que había estudiado en Londres dijo que yo era bastante importante en la London School of Economics, mientras que sociólogos jóvenes de los Estados Unidos no saben ni quién soy. Creo que los norteamericanos se olvidan muy rápido. Parsons es un ejemplo. En Europa hay mucha mayor atención, la gente escribe libros y artículos y se discute con el autor, lo cual no hacemos en los Estados Unidos. Hay demasiado pragmatismo cuando se escribe sobre un tema, se pone atención en el trabajo más reciente.

JV: En este sentido, ¿cuáles cree que son las diferencias fundamentales entre la academia americana y la europea?

SML: Puede reflejar una mayor apertura en la sociedad americana. En Europa, alguien que se convierte en profesor se apoya en la estructura de la academia. Cuando habla, se le debe prestar atención porque es estructuralmente importante. En los Estados Unidos, la gente joven viene y puede tomar tu lugar. En Europa la gente joven no puede tomar las riendas. Muchos jóvenes franceses y alemanes vienen a los Estados Unidos porque a los treinta años pueden encabezar compañías y en sus países hubieran tenido que esperar hasta los sesenta. En cierto sentido, pasa lo mismo en la academia, cuando la gente joven viene y empuja a los viejos o los ignora. Esta es la afinidad al cambio social, al movimiento. 